

# CARTA DE EUCHERIO,

obispo de Leon de Francia, discipulo de Sant Augustin,

A VALERIANO SU PARIENTE, VARON ILUSTRE,

EN QUE LE AMONESTA EL MENOSPRECIO DEL MUNDO Y DESEO DE LA VERDADERA BIENAVENTURANZA.

¡Cuán bien junta el parentesco á los que se ayuntan con lazo de amor! Gloriarnos podemos en esta merced de Dios, á quien igualmente la sangre como la caridad hizo compañeros; y dos aficiones nos juntan en uno: la que de los padres de nuestra carne traemos, y la que en nuestros corazones con el favor de Dios nosotros criamos. Este doblado nudo con que nos ata el deudo de una parte, y de otra el amor, me hizo que te escribiese, y prolijamente encomendase á tu mismo corazon el bien de tu ánima, y te mostrase que la verdadera bienaventuranza, poseedora de bienes eternos, se alcanza por sola la profesion de fe y de virtud. Porque amándote igualmente que á mí, es necesario que desee no ménos para tí que para mí el bien soberano. Y alégrome mucho que tu inclinacion no es contraria al religioso voto de la sancta vida que yo te quiero persuadir. Porque tu dichosa edad desde su ternura brotó flores en mucha parte conformes al fructo deseado de las virtuosas costumbres; proveyendo la gracia divina, por ministerio de la naturaleza, cómo hallase en tu corazon su doctrina grande principio cuando te quisiese comunicar lo que te falta. Bien veo cuán altos títulos te hacen ilustre en el siglo por la dignidad y antigua nobleza, así de tu padre, como de tu suegro; pero muy mas alta es la gloria que yo te deseo; pues te llamo, no para dignidad terrena, sino celestial; no para honra de un siglo, sino de siglos eternos. Esta es la gloria cierta y digna de ser deseada: ser el hombre sublimado á bienes que nunca se acaban. Lo cual no te persuadiré con la sabiduría seglar, mas con aquella excelente filosofia escondida á los mundanos, que determinó Dios revelar para nuestra gloria en el tiempo que le plugo. Y hablarte he osadamente por el gran celo que tengo de tu bien, descuidado de lo que á mí conviene; considerando mas lo mucho que para tí deseo, que lo poco para que yo basto.

§. I.

La primera obligacion (mi Valeriano carísimo) que

el hombre recién nacido tiene, es de conocer su hacedor, y reconocerle por su Señor; y el don de la vida que dél recibió convertir en su servicio: de manera que lo que por su bondad comenzó á ser, para él se prosiga, y en él se remate; y la merced que recibió sin merecerla, sirviéndole con ella, despues la merezca. ¿Qué verdad mas cierta se nos puede decir, que ser nosotros debidos á aquel que de no ser nos hizo que fuésemos? Aquel por cierto sabiamente conoce la intencion de quien le formó, que tiene por averiguado que él le hizo, y para sí. Despues desto lo que mas al hombre conviene, es mirar por el valor de su ánima; que pues en nobleza es la primera, no ha de ser la postrera de nuestros cuidados. Antes de lo que en nosotros es principal se ha de hacer primero cuenta, y de la sanidad mas necesaria conviene tengamos mas atenta solicitud. Y para mejor decir, no principalmente, mas sola esta ha de ocupar todo nuestro sentido: cómo la nobleza de nuestra ánima sea defendida, cómo sea conservada. Ni esto contradice á lo que antes dije. Porque verdad es que á Dios debemos la primera y mas profunda intencion, y á nuestra ánima la segunda. Pero son tan hermanas estas dos diligencias, que siendo ambas necesarias, la una sin la otra no se puede conservar. Porque no es posible que quien á Dios satisfizo, que no proveyese su ánima; y quien tuvo cuidado de su ánima, que no contentase á Dios. De tal manera se entienden estos dos espirituales negocios, y así están encadenados, que quien diligentemente tratare el uno, habrá cumplido con ambos; porque la inefable bondad de Dios quiso que nuestro provecho fuese su sacrificio. ¡Oh cuánto tiempo y trabajo emplean los mortales en curar sus cuerpos, y conservar su salud! ¿por ventura su ánima no merece ser curada? Si tantas y tan diversas cosas se gastan en servicio de la carne, no es lícito que el ánima esté arrinconada y despreciada en sus necesidades, y que sola ella sea desterrada de sus propias riquezas. Mas ántes si para el regalo del cuerpo somos muy largos, proveamos á nuestra ánima con mas

alegre liberalidad. Porque si sabiamente llamaron algunos á nuestra carne sierva, y al ánima señora; no habemos de ser tan mal mirados, que honremos á la esclava, y á su señora despreciemos. Con razon nos pide mayor diligencia nuestra mejor parte, y mayor cuidado la dignidad principal de nuestra naturaleza. Ni es justo que en la reverencia necesaria pospongamos la mas noble, y antepongamos la vil. Y que la carne sea mas vil, manifiéstano sus naturales vicios con que nos abate á la tierra, donde ella nació; levantándonos el ánima como fuego á lo alto, de donde nos fué enviada. Esta es en el hombre la imagen de Dios. Esta preciosa prenda tenemos de la gloria que nos es prometida. Pues defendamos su autoridad, y amparémosla con todas nuestras fuerzas. Si á esta sustentamos y regimós, guardamos el depósito que nos ha de ser demandado. ¿Cuál hombre quiere levantar algun edificio, que primero no asiente los cimientos? ¿Cuál hombre no procura primero su vida, que abundantes bienes, los cuales sin vida no puede gozar? ¿Cómo amontonará los bienes postreros, quien los primeros no posee? ¿De qué manera piensa vivir bienaventurado, quien no tiene lo necesario para vivir? El menguado de vida, ¿cómo puede tener vida felice; ó que vida le pueden dar los sabrosos y sobrados manjares, si no tiene con que provea á la hambre de su ánima? Como quier que diga nuestro Salvador en el Evangelio (a): ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su ánima? Porque no puede tener razon de ganancia lo que se adquiere con detrimento del bien espiritual: ántes padeciéndose daño en el espíritu, ningun bien se debe estimar de la carne; porque el verdadero bien en sola el ánima consiste. Por tanto con toda diligencia y industria negociemos la segura y cierta granjería de nuestra ánima, ántes que se pase el término de su trato. En estos pocos dias podemos negociar la vida eterna, no nos tentando con ellos; pues aunque tuviesen verdadera y cierta bienaventuranza, por durar tan poco tiempo merecen ser en poco tenidos. Ca ninguna cosa es digna de llamarse grande, si en breve tiempo se acaba; ni se puede decir luengo el tiempo, cuyo plazo no puede dejar de llegar. Breve es el contentamiento desta vida, cuyo uso es breve. Antes por solo este respecto se debe anteponer al deleite deste siglo la vida venidera; porque este es temporal, y aquella es eterna: y manifiesto es ser mejor gozar de los bienes perpetuos, que de perecederos. Pero mas hay que considerar, y que desear. Sola la vida venidera es beatísima, sola es felicísima. Esta presente, así como lijeramente pasa, así en el poco espacio que dura es llena de miserias y dolores, no solamente de los naturales y forzados, mas de otros muchos que desastradamente acaescen á los mortales. Porque ¿qué cosa hay tan dudosa, tan infiel, tan mudable, tan de vidrio, como la vida presente? La cual es llena de trabajos, llena de congojas, llena de peligros, llena de cuidados, afligida con enfermedades, triste con temores; incierta y desasosegada como mar que en todo tiempo hierve con tempestades.

Pues ¿qué razon, ó que interese puede persuadir al hombre á despreciar los bienes eternos, y seguir los temporales tan falsos y tan resbaladizos? ¿Por ventura no ves cómo los hombres deste siglo en la tierra donde esperan morar la mas parte de su vida, procuran llegar hacienda, y acrescientan sus patrimonios, y en la ciu-

(a) Math. 16.

dad de donde piensan presto partir, trabajan poco por enriquecer, y en su casa hacen pequeña provision? Desta manera pues nosotros conocemos la estrechura del mundo, y la lijereza del tiempo, y sabemos que los siglos venideros nunca se acaban, y la patria que esperamos es espaciosísima: procuremos arraigarnos en ella, para que vivamos prósperos donde siempre habemos de morar. No pervertamos los cuidados, poniendo mayor solicitud en el breve y miserable provecho, y menor en el eterno y verdaderamente bienaventurado. Tanto es cierto lo que digo, que no sé determinar cuál respecto es mas eficaz para levantar nuestros corazones á los deseos de la vida del cielo: ó la consideracion de los bienes que en ella poseerémos, ó la experiencia de los males que en esta nos persiguen; porque aquella nos llama con castos regalos, y esta nos desecha con perpetuos descubrimientos. Por tanto, pues los mismos males nos enseñan la verdadera prudencia, si la dulzura de los bienes celestiales no nos enamora, á lo ménos aborrezcamos la amargura y afliccion de los trabajos del siglo. Si no abrazamos los honestos placeres, huyamos siquiera los crueles tormentos; que los unos y los otros á una juntan sus fuerzas para levantar nuestros corazones á la vida verdadera, por la cual se nos hará dulce cualquier trabajo presente.

Porque si algun hombre rico y poderoso nos llamase, prometiéndonos amor y obras de padre, seguirle íamos sin tardanza á tierras extrañas, rompiendo cualesquier dificultades y estorbos del camino. Dios, Señor del universo, cuyos son todos los tesoros, nos llama para nos amar, y para se nos comunicar (solamente que le aceptemos el dulce apellido de hijos, con que llama á su único engendrado nuestro Señor Jesucristo); ¿y tú emperrezas, y no extiendes siquiera la mano con viveza y alegría para recibir dignidad tan gloriosa? Mayormente pues para alcanzar tan alto estado no has de peregrinar á tierras muy apartadas, ni arriscarte á los peligros del mar: donde quiera y cuando quiera que quisieres, ya eres adoptado. ¿Por ventura por eso serémos mas flojos, y ménos cobdiciosos de tan grande merced, porque cuanto es mayor que las deste mundo, tanto está mas aparejada? Antes por eso nos será mas dañosa nuestra cobardía; porque tanto mas serémos culpados por desdeñarla, cuanto mas fácilmente la pudiéramos alcanzar, si no nos entorpeciera el amor y deleites desta vida. Pues si amas vida, para vida te convido. ¿Con qué razon mejor te persuadiré, que asegurándote lo que deseas? Para darte vida te envía Dios por mí su embajada: no puedes negar que deseas vivir. Pero amonéstote que en lugar de la temporal vida ames la eterna. Porque de otra manera, ¿cómo es verdad que amas la vida, si no deseas que dure lo mas que puede durar? Pues lo mesmo que nos agrada siendo perecedero, agrádenos mucho mas siendo perpetuo; y lo que tanto estimamos, acabándose presto, apreciémolo mas, careciendo de fin. Vivamos de manera que no nos sea esta vida impedimento de otra mejor; mas camino y escalera para ella. No sea el principio de la vida contrario á su perfeccion. Contra toda justicia perjudica á la vida el amor de la vida. De donde no te queda que responder, ni tienes excusa para no acudir al llamamiento divino, cualquiera aficion que á la vida tengas. Porque si la desprecias por sus desgustos, ¿con qué causa mas justa la aborrecerás, que por amor de otra mejor? Y si la amas, tanto mas debes desear que sea perpetua. Pero destes dos afectos mas querría que

tuvieses el primero: conviene saber, que segun experimentas la vida, así la tengas por molestísima; y segun sus miserias, así por ellas la desprecies y aborrezcas. Rómase ya la cadena tan extendida de los negocios seculares, que asidos unos á otros con mil dificultades hacen una continua fatiga. Rompamos los lazos de los cuidados infructuosos, que añudados unos á otros dilatan nuestras ocupaciones, como si cada hora de nuevo comenzasen. Desatemos las enmarañadas contiendas que traban unas de otras, y traen fatigado inútilmente el estudio de los mortales, como á quien continuamente tejiere y destejiese una tela: cuya perseverante y forzada atención, la vida que de suyo es corta, hacen mas breve, distrayendo sus corazones unas veces á vanos deleites, y otras veces á tristes temores; unas veces á deseos ansiosos, otras veces á medrosas sospechas; y siempre á irremediables fatigas, que la edad del hombre hacen breve para la vida, y luenga para los dolores. Despidamos el amor del mundo, que en cualquier grado que nos ponga es peligroso é infiel; porque su alteza es sospechosa, y su bajeza inquieta. Ca el bajo estado es pisado de los mayores, y el alto por sí mismo desvanecido se cae. Pon al hombre en el lugar que quisieres: no descansará en la cumbre, ni en la halda del monte: donde quiera es combatido. El flaco está sujeto á la injuria, el poderoso á la invidia. Pero prosigamos los daños del estado próspero, que están mas encubiertos, y por eso es mas peligroso: que el miserable manifestas tiene sus dolencias.

## §. II.

Dos cosas me parecen las principales que sostienen á los hombres en el amor del siglo, y con tan halagüeña suavidad encantan sus sentidos, y los sacan fuera de sí, y los llevan presos con blanda cadena á los viciosos tormentos: conviene saber, el deleite de las riquezas, y la honra de las dignidades. Y llámolas por el nombre que el mundo les puso, como quiera que el primero no es deleite, sino servidumbre, y la segunda no es honra, sino vanidad. Estos dos enemigos se ponen delante de los hombres, y juntando y atravesando sus piés, les impiden el paso de la virtud; y con sus infernales bahos inficionan los pechos de los humanos, y con ponzoñosos unguentos recrean las ánimas llagadas y cansadas de los trabajos de su naturaleza. Porque (hablando primero de las riquezas) ¿qué cosa hay mas perjudicial? Por ventura no son causa á sus poseedores de muchas injusticias: como uno de los nuestros dijo: ¿Que son las riquezas sino prenda para recibir injurias? ¿Por ventura no están llamando los grandes tesoros á los robadores y homicidas, convidándolos con el premio de su osadía? ¿Por ventura no amenazan á sus señores desprivanzas y destierros? Pero disimulemos que esto pueda acaecer. Acabada la vida del hombre, ¿qué prestarán las riquezas? ¿adónde irán? que ciertos somos que no caminarán con sus amadores. Atesora el hombre, dice el Salmista (a), y no sabe para quien allega su tesoro. Y si quieres, esperamos; y sea así que te suceda en ellas quien tú deseas. ¿Cuántas veces los herederos destruyeron las casas de sus antepasados; y las riquezas con grande afán ayudadas, cuántas veces fueron desperdiciadas, ó por el hijo mal enseñado, ó por el yerno mal escogido? Pues ¿dónde está el deleite de las riquezas, cuya posesion es llena de cuidadosos trabajos, cuya sucesion es tan dudosa?

(a) Psal. 58.

¿Dónde corres fuera de la carrera, desenfrenado amor de los hombres? ¿Sabes amar lo que tienes, y á tí no sabes amar? Fuera de tí está lo que amas: extraño es lo que te deleita. Vuelve, vuelve sobre tí: ámate siquiera como amas tus cosas. Sin duda te pesaria si tus compañeros amasen mas tu hacienda que tu persona, y si pudiesen mas los ojos en el resplandor de tus riquezas que en tu salud. Querrias que tu amigo fuese leal á tu vida, mas que cobdicioso de tus tesoros. Pues ¿por qué lo que á otros pides, niegas á tí mismo? ¿Quién es al hombre mas obligado, que él á sí mismo? Guardemos la fe y amor que á nosotros mismos debemos: nuestras cosas no nos merecen. No digo mas acerca de las riquezas.

De las honras diré que no me podrás negar que no se podrá llamar dignidad aquello que los buenos comunmente con los malos poseen; ni hace glorioso triunfo á los vencedores esforzados la corona con que tambien se coronan los cobardes. Confusion es, no dignidad, la que envuelve á los dignos con los indignos, y á los virtuosos (que de derecho han de ser superiores) iguala con los viciosos. Y es mucho de maravillar que en ningun estado se discernen ménos los buenos de los malos, que en la pompa. Dime, yo te ruego: ¿no es mas honrado quien desecha tal honra, á quien sus propias virtudes ensalzan, y el fausto no ensorberce? Y (si mas quieres que te diga) sean las honras cuales el mundo las juzga; ¿cuán lijeramente vuelan, cuán presto desaparecen! Vimos en nuestros dias muchos varones honrados puestos en el cuerno de la luna, que dilataban su patrimonio por la redondez de la tierra, cuyas venturas vencián á su cobdicia, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos. Mas ¿por qué hago caso de particulares estados? Vimos reyes gloriosos, cuyo imperio de muchos era temido, cuyas púrpuras resplandescian con piedras preciosas, cuyas ricas diademas hermozeaban flores y ramos de oro labrados, cuyos reales palacios adornaban sumptuosas tapicerías, y los costosos enmaderamientos, artesones dorados; y (lo que mas es) sus voluntades eran derecho de los pueblos, y sus palabras se llamaban leyes comunes. Pero ¿quién por mas que se empine, puede subir sobre la medida de los mortales? Vemos agora que aquel su faustoso orgullo en ninguna parte se halla, y sus inestimables pesos de oro se hundieron con sus señores. En nuestros tiempos son fábula las historias de muchos ínclitos reinos. Todas aquellas cosas que entónces se tenían por grandes, ya agora son vueltas en nada; que ni en la tierra las conocemos, ni pienso (antes sé cierto) que allá donde ellos están no las gozan, si con ellas no ganaron alguna substancia de virtud. Porque sola esta los podria seguir, partiendo de aquí faltos de otro socorro; solo esta fiel amiga los acompañaría cuando caminasen desamparados de todos sus bienes. Este es el mantenimiento con que agora serán sustentados; esta es la excelencia con que agora serán sublimados. No pierden los sabios y virtuosos las honras temporales y posesiones terrenas; mas truecanlas por la celestial gloria, é infinito tesoro. Por tanto, si cobdiciamos valer, si anhelamos á honras, escojamos las verdaderas honras y verdaderas riquezas. Allí queramos ser honrados y ricos, donde hay desengañada discrecion de males y bienes; y donde el bien no tiene mezcla de mal; y donde lo que de una vez se alcanza siempre se posee; y lo que una vez se gana, nunca jamas se pierde.

Mas porque arriba dijimos que los bienes desta vida

con la muerte se pierden, veamos si por ventura tenemos algun tiempo seguro, ó si conviene que estemos en continuo sobresalto. Ninguna cosa ven los hombres mas á menudo que morir; y de ninguna cosa mas se olvidan que de la muerte. Pasa el humano linaje de generacion en generacion arrebatadamente, hasta que toda la sucesion de los hombres se acabe segun la ley de los siglos. Nuestros padres fueron delante, y nosotros los seguimos de prisa; y así corre todo el número de los hombres como arroyo de agua que descende de los montes, ó como las ondas del mar que se deshacen llegando á la costa, mientras otras se levantan: así nuestras edades se acaban llegando á su término, y comienzan otras que tambien á su tiempo fenecerán. Suene pues continuamente en nuestras orejas el ruido desta corriente; y el ímpetu destas olas de dia y de noche despierte nuestra memoria. Nunca perdamos de vista la mutabilidad de nuestro estado. El fin necesario de nuestra vida tengámosle por presente; pues tanto mas cerca le tenemos, cuanto mas se ha detenido. El dia que no sabemos si está lejos, tengámosle por vecino. Aperciámonos para la partida con tales propósitos y meditaciones, que temiendo la muerte ántes que venga, no la temamos cuando viniere. Bienaventurados los seguidores de Cristo, á quien no fatiga el recelo de morir, y con quietud y conveniente aparejo esperan su último dia, en el cual desean y confían ser sueltos y estar con su amado; porque los tales tendrán por mejor acabar hoy ántes que mañana, pues pasan de la vida temporal á la que permanece para siempre. Muchos son los que esto entienden, y pocos los que lo consideran; mas donde se trata de vida, no sigamos la compañía de los negligentes; ni en negocio tan importante imitemos los yerros ajenos con daño de nuestra salud. Porque en el juicio divino no nos excusará la muchedumbre de los engañados, cuando particularmente será cada uno examinado, y segun sus propios méritos será condenado ó absuelto, sin hacer cuenta del otro pueblo. Cesen pues, cesen los vanos consuelos que nos hacen no sentir nuestros daños. Porque mejor será perpetuar nuestra vida con los pocos, que perderla con los innumerables. Muy ciego y desvariado es por cierto el que disimula su pérdida por seguir á quien despues no le puede remediar. Por tanto no nos lleve al descuido de los pecados el ejemplo de los pecadores, ni tenga en nosotros autoridad la prudencia de los locos, que no miran lo que les conviene. Antes yo te ruego que las obras de los tales hombres las mires como á borron, y no como á dechado.

## §. III.

Y si quieres remedar algun dechado, puesto que en comparacion de los errados hallarás pocos, pero algunos hay á quien atiendas, cuyo ejemplo te sea saludable. Aquellos mira con atención que diligentemente consideran para qué nascieron, y mientras viven tratan con prudente estudio los negocios de su vida, y con provechosos trabajos de virtuosas obras labran y siembran en la tierra para coger el fruto en el cielo: de que no solamente tienes muchos ejemplos, mas magníficos. Porque ya (loores á Dios) vemos que la nobleza del mundo, las honras, las dignidades, la sabiduría y los ingenios, la facundia y las letras se pasan cada dia á los reales de la fe, y á la escuela de Cristo. Ya vemos que la alteza empinada del siglo abaja su cuello, y con

devoción toma su cerviz el suave yugo del Señor. Como podria (si no fuese menester luengo tratado) contar por sus nombres á muchos varones ilustres que siguieron, y agora siguen esta vereda estrecha, y familiar conversacion en que Dios se honra y se sirve. Mas por no dejar á todos, referiré algunos de muchos que callo. Clemente, del antiguo linaje de los senadores, y del mismo tronco de los Césares, dotado de todas ciencias, y florido con las artes liberales, anduvo este camino de los justos, y tanto en él aprovechó que mereció ser sucesor del Príncipe de los apóstoles. Gregorio, obispo de Ponto, primor de la filosofia, y primor de la elocuencia, por este ejercicio se hizo mas resplandeciente, no solo en santidad, mas en obras maravillosas. Porque dél cuentan las historias; entre otras muestras de su merescimiento, que por sus oraciones pasó un grande monte de un lugar á otro, para dar sitio á un templo que los fieles querian edificar en una sierra donde estaban escondidos por la persecucion de la Iglesia; y secó una laguna de agua para pacificar los que peleaban sobre la reparticion de sus peces. Otro sancto del mismo nombre Gregorio, muy enseñado en las ciencias humanas, las despreció por el amor desta celestial filosofia, de quien no callaré lo que dél se escribe; porque tambien hacé á nuestro propósito. A Basilio, su compañero en los estudios seculares, sacó por la mano de la escuela donde enseñaba retórica, diciendo así: Deja ya esa vanidad, y entiende en tu salvacion. Y no lo dijo á sordo; que luego le siguió, y ambos fueron obispos de gloriosa memoria, y ambos dejaron á la Iglesia católica en libros que escribieron claros testimonios de su fe y santidad, y de subidos ingenios: Paulino, obispo de Nola, resplandor de nuestra Francia, despreciadas grandes dignidades del siglo, y muy copiosas riquezas, y con ellas el frescor de la elocuencia, se pasó á este ejercicio é instituto de vida, en el cual floreció tanto, que en todas las partes del mundo se goza su fruto. ¿Que diré de Hilario, que pocos dias há fué obispo en Italia? ¿y de Petronio? Los cuales ambos decendieron de insignes y antiguas familias. ¿Por ventura no antepusieron á su estado, el uno la religion, y el otro el sacerdocio? ¿Oh cuándo acabaré de referir, con otros muchos que dejo, á Firmiano, Minucio, Cipriano, Evagrio, Crisóstomo, Ambrosio! Parece que todos platicaron juntamente lo que á otro su semejante fué aguda espuela para sacarle del siglo á esta dichosa vida (a). Levántanse los indocitos, y arrebatánnos el cielo; y nosotros con nuestras doctrinas revolvémonos en la carne y la sangre. Trataron esto entre sí, y porque despreciaron lo que era poco, fueron enriquecidos con lo mucho en el gozo de su Señor. Pues aun no he contado sino una pequeña parte de los que desecharon particulares honras, y estados, y la flor de la elocuencia, ó la gravedad de la filosofia. Mas ¿por qué no tocaré á lo ménos reyes y cabezas del mundo; aunque no para contar á todos los que de nuestra religion fueron amadores, y discretos apreciadores de su real dignidad? Y no callaré los del tiempo antiguo, David, Josías y Ezequías; á cuyas venerables historias te remito, porque de nuestros tiempos no faltan ejemplos recientes de príncipes que familiarmente se juntan al Rey verdadero, y loan y sirven con maravillosa devoción al Señor soberano, Rey de los reyes, engrandeciéndolo sola su Majestad, así hombres como mujeres.

(a) S. Aug. lib. 8. Confess. cap. 8.

Por ventura las labores destos dechados te contentarán mas, y por ser de tu edad moverán mas tu afición á procurar la vida verdadera que ellos procuran.

Y si quieres pasar adelante, y poner los ojos en otras muestras de ajena naturaleza, mira los días, y los años, el sol, la luna, y todas las lumbreras del cielo, cómo cumplen sin cansarse las palabras y mandamientos divinos, y sirven con sus movimientos á su sapientísima ordenacion, sin traspasar un punto sus leyes. Por ventura nosotros (para cuyo uso todas estas cosas fueron criadas, y puestas delante de nuestros sentidos, que sabemos la fábrica de los cielos, y no ignoramos la intencion de su Criador, que para nuestro aviso así lo dispuso) ¿cerraremos las orejas á sus mandamientos? Grande vergüenza es que oyendo las criaturas insensibles, dadas para ayuda de los hombres, una sola palabra de Dios en el principio de su creacion, de lo que habian de hacer en todos los siglos venideros, nunca della se olvidan, ni jamas le desobedescen; y nosotros, para quien tantos volúmenes de libros de Escripura sagrada son escritos, y tan repetidas leyes son establecidas (que es singular privilegio de los hombres), ¿no obedeceremos á nuestro Hacedor, si quiera guiados por las cosas que fueron hechas para nuestro servicio, mayormente siendo grande desvario atreverse el hombre á desobedecer á su Dios, sabiendo que aunque no ame su bienhechor, no se librará por eso de las manos de su Señor? Porque ¿dónde se esconderán los que huyen de Dios? ¿Dónde me esconderé de tu espíritu, decia David (a), ó dónde huiré que no me vea tu cara? Si al cielo subiere, tú estás allí; si descendiere al infierno, allí estás presente; si volare tan ligero como paloma, y pasare allende de la mar, allí me prenderá, y traerá tu mano derecha. Así que, quieran ó no quieran los que con la voluntad se apartan del universal Señor, que por derecho, y con ejecucion caerán en sus manos. Ellos están lejos dél con sus aficiones; mas él está sobre ellos con su poder. Y con grande desatino parécenles que huyen y escapan de su jurisdiccion, y están encerrados en ella: van fuera con sus imaginaciones, y quedan dentro de su tribunal. Porque si tiene derecho el hombre para seguir su esclavo fugitivo, y reducirle á servidumbre, ¿no guardará asimesmo este derecho el Señor de los señores, á quien por sí solo pertenesce legítimo señorío sobre todos los mortales? ¿Por qué no hará justicia por sí, como hace por otros el justo juez?

## §. IV.

Pero no solamente han de inclinar nuestros afectos las cosas que vemos: tambien tenemos orejas con que oyamos las promesas divinas, que no tienen menor fuerza para incitar nuestros corazones. Consideremos con atencion y diligencia lo que se nos enseña, y con firme crédito, y entrañables deseos esperemos lo que se nos promete. El hacedor de todas las cosas que vemos, nos da fe de las que no vemos. Y si los ojos ejercitamos sabia y provechosamente; si la admiracion que nos causa la máquina del mundo enderezamos al conocimiento de su autor, y por esta via contemplamos cuán resplandeciente luz se representará á nuestros ojos en la ciudad celestial, pues en la tierra vil una pequeña centella reverbera nuestra vista; si conjeturamos cuán deleitable hermosura tendrán las cosas eternas, pues tanta belleza

(a) Psal. 138.

tienen las perecederas: los mismos sentidos corporales nos levantarán poderosamente á la cobdicia de los bienes que no sentimos. Pues no usemos de los sentidos de nuestra carne en solos sus bajos oficios; sírvannos ordenadamente para ambas vidas. Y de tal manera nos aprovechen en la vida temporal, que no nos sean impedimento, mas ayuda para la que esperamos, que es eterna. Y si nos lleva para sí el amor y deleite de las criaturas (porque en la verdad es muy poderoso para alterar los corazones humanos), el bien eterno y soberano, clarísimo y deleitabilísimo, ese es el que tiene, no sólo razon para ser amado, mas causa sufficientísima para que solo sea amado. Este es nuestro Dios, á quien no podemos tanto amar, que mas no debamos. Y así se hace (lo que arriba dije de las honras) que en lugar de los deleites mundanos suceden á los buenos mas entrañables y mas justas delectaciones. Por tanto si te aficionaba la grandeza del mundo, ninguna cosa hay mas magnífica que Dios. Si alguna cosa en el siglo te parecia digna de gloria, ninguna es mas gloriosa. Si te ibas en pos del resplandor de las cosas claras, ninguna hay mas resplandeciente. Si te enamoraban las cosas bellas, ninguna hay tan hermosa. Si en algo creías hallar verdad, ninguna cosa hay mas fiel, ni mas verdadera. Si en alguno esperabas hallar liberalidad, ninguno hay mas magnífico. Maravillábase de lo que es puro y sencillo: ninguna cosa hay mas pura y mas sincera que su bondad. Cobdiciabas abundancia de bienes: ninguno tiene riquezas mas copiosas. Amabas á quien tenias por fiel: ninguno hay mas leal, y guardador de su palabra. Buscabas lo que te es provechoso: ninguna cosa hay mas útil que su amor. Alguno te contentaba porque veias en él gran verdad con llaneza: ninguno hay mas severo, ni mas blando. En las adversidades querrias hallar benignidad en tus amigos, y en las prosperidades placer: dél solo puedes haber único consuelo en las tribulaciones, y gozo en la sanidad. Agora dime si es justo que aquel en quien tienes todas las cosas, ames sobre todas ellas, y que sobre todos los bienes estimes aquel en quien están todos los bienes; y no solamente los soberanos y divinos, mas aun esos temporales (de que los hombres usan mal) dél mesmo los tienen.

Pues así es, el amor que hasta aquí ha sido mal repartido, todo junto le entrega al servicio de Dios. Y la casta caridad que en pos de las sensuales aficiones erraba, de aquí adelante se ocupe en solos los ejercicios sagrados; y el corazon que devaneaba con diversas opiniones, sea castigado con el freno de la verdadera sabiduría, mayormente pues cuanto amas, y cuanto sabes todo es de Dios. Suyo es, aunque tú no le ames. Porque es él tan grande y tan universal Señor, que los que no le aman, aunque no quieran, han de amar lo que es suyo. Pero considere quien tiene juicio sano, si es cosa razonable, que despreciado el Hacedor de las cosas, se amen sus hechuras; y que corra el hombre á diestro y á siniestro á todas partes en pos de las criaturas contra la voluntad de quien las crió, habiéndolas criado para que por el uso dellas camine para él nuestro corazon. Mas el hombre de trastornado entendimiento convierte sus amores y deseos á las criaturas viles, y desordenando su mesma inclinacion, engrandesce al arte, menospreciando al artifice; y ama la imágen hermosa, y desama á su pintor, de cuya universal bondad arriba dijimos. Mas ¿qué dijimos, ó qué se puede decir de tan grande

tesoro de bondad, ó cuándo podrá algun hombre, ó ángel igualar con palabras á la alteza de tan profundo misterio?

De donde ya no te quiero decir que amar á Dios es deleitable, mas qué necesario; pues allende la obligacion que tenemos de amarle por quien él es, necesariamente amamos sus cosas; y así como no podemos amarle cuanto él es digno, así tampoco basta nuestro amor para recompensar los bienes que dél recibimos. Por lo cual asimesmo es grande injusticia no amar si quiera á quien aun amándole no le podemos satisfacer. Injustísima cosa tú que no querer servir lo poco que puedes á quien no puedes servir cuanto eres obligado. ¿Qué volveré al Señor, decia David (a), por todos los bienes que me ha dado? ¿Qué le pagaremos si quiera por esto solo, que en tan fáciles cosas puso el principio de nuestra salvacion, y abrió puerta á todos los moradores de la tierra para darles la heredad del cielo, sin despreciar ó desechiar alguna nacion, ó tierra, ó isla apartada? ¿Por qué piensas tú que por otra razon la posesion de toda la tierra, las naciones y reinos de la tierra vinieron á la subjeccion de los romanos, y la mayor parte del mundo se hizo un pueblo; sino para que mas fácilmente pudiese el mundo penetrarse la fe, y para que como el mantenimiento ó la medicina se derrama por todo el cuerpo, así la fe infundida en la cabeza de las gentes se comunicase por todos los miembros? Porque de otra manera no corria tan diligentemente por tan apartadas gentes y provincias, diferentes en costumbres y lenguas, ni pasara tan adelante y con tanta presteza, si á cada lugar tuviera nuevo estropicio y contradiccion. Por esto el apóstol Sant Pablo dice que la fe de los romanos se anunciaba por el universo mundo; y por la mesma razon tuvo él libertad para discurrir predicando el Evangelio dentro de Hierusalem hasta el Ilirico. Lo cual ¿cómo pudiera, si no estuvieran juntas debajo de un señorío la multitud innumerable de regiones y ciudades, y se domesticara la fiereza de las bárbaras naciones? Así se cumplió lo que agora vemos cumplido, que dende el Oriente hasta el Poniente, dende el Septentrion hasta el Mediodía, por todos los lados del mundo suenan los loores de Cristo, aceptando su fe el tracense, el africano, el siro, el español. Lo cual misteriosamente se significó y se comenzó á ejecutar cuando en tiempo de la república romana, teniendo el esceptro de todo el mundo el emperador Octaviano, descendió Dios á la tierra. Para cuya venida y próspera dilatacion de su nombre se proveyó, y fundó, y acrescentó en diversos tiempos la policia de los romanos, así en tiempo del mando de los antiguos reyes, como en el de la gobernacion de los cónsules, segun podrá claramente mostrar con mediano ingenio cualquiera que afirmarlo quisiere. Y tú mejor lo puedes conocer, pues te son familiares las historias de tu nacion. Por tanto, dejado esto, vuelvo al propósito que dende el principio pretendí. No querais amar al mundo, ni las cosas que en el mundo están, dice el discípulo amado del Señor (b). Y con razon; porque todas las cosas mundanas engañan nuestros ojos con afeites y colores postizos. Pues así es, la virtud de los ojos que se nos dió para gozar de la luz, no se debe aplicar al error; y la que para el uso de la vida fué dada, no nos sea causa de muerte. Los deseos de la carne, dice el apóstol Sant Pedro (c), pelean contra nuestra ánima, y siempre es-

(a) Psal. 115. (b) 1. Ioann. 2. (c) 1. Petr. 2.

tán en frontera contra el espíritu. Y (como se acostumbra entre los reales de los enemigos) tanto mas la carne se esfuerza, cuanto el espíritu mas se enflaquece.

## §. V.

Mas hasta agora, ilustre Valeriano, yo he tratado de los halagüeños deleites de las riquezas, y de las fingidas y falsamente estimadas honras, como si el mundo estuviese en su vigor y fuerza para engañarnos. Pues ¿cuánto mas se podrá argüir el embaimiento de los hombres, cuando ya el resplandor del mundo (que ántes con sus relámpagos deslumbraba los mundanos, y con cara llena de risa, y adulterinos atavíos requería sus ánimas, mostrando falsos amores) ya, ya se ha escurecido, y descubre claramente su fealdad, y mentiras? Vuelto se ha en negrura aquel hermoso rostro con que transportaba los sentidos de los hombres. Primero nos queria engañar con imágenes sofisticamente compuestas, y aun con quien tenia mejor seso no podia: agora los tiempos están así mudados, que todos cuantos quisieren, conoscerán sus embustes. Primero carecia de bienes ciertos: agora carece aun de los aparentes. Apenas tiene ya colores con que se afeite. Ya no está adornado de tiernas flores: ¿cuánto ménos tendrá fruto que permanezca? Si nosotros no nos enredamos, ya el mundo no tiene lazos con que nos ate. ¿Y para qué tardamos de decir lo que es mas fuerte? Decimos que perecieron las prosperidades del mundo, y que se envanecieron sus pompas. El mundo todo perece, y cuasi da los postreros anhélitos: ¿para qué nos trabajamos por mostrar que todo su valor y contentamiento se acaba, pues vemos claramente que él mesmo se acaba? Ca no le faltan sus bienes y fuerzas ántes de tiempo; porque su vejez trae consigo su flaqueza. La edad postrera del mundo está llena de males, como la del hombre es seguida de dolencias. Visto habemos, y cada dia nos pasan delante los ojos en estas canas del mundo, hambres, pestilencias, desventuras, guerras, temblores de tierra, desórden de los temporales, monstruosos partos de animales. Pues ¿qué es esto, sino pronósticos del remate del siglo, que se cansa corriendo, y cuasi ya desfallece? Lo cual no afirman solo nuestras flacas palabras, mas la autoridad apostólica lo confirma, donde leemos (d): Nosotros somos en quien ya llegaron los postreros fines del siglo. Y pues ya ha muchos años que esto se dijo, ¿nosotros qué confianza tenemos? Llegase de priesa el dia postrero: no digo el nuestro, mas el de todo el mundo. Cada hora nos amenaza la muerte, así la de nuestro cuerpo como la de todo el linaje humano, por los particulares peligros, y por los generales en que cada dia caemos. Carga sobre mí, hombre desventurado, el temor de la muerte del siglo: como si no bastase para hacerme miserable el miedo de la mia. ¿Por qué disimulamos nuestros espantos? no podemos estar seguros; pues ni de nuestra singular muerte podemos escapar, ni de la comun. Por lo cual ciertamente es mal afortunada la condicion de los hombres mundanos, y mas agora en la despedida del mundo, y en el desfallecimiento de todas las cosas: que de las presentes no pueden gozar; porque perecen: ni se recrean con la esperanza de las venideras; porque no las merecen. El deleite de la vida pasa como sombra, que no se puede detener pasando su cuerpo; y la venidera que es perpetua, no tienen por qué confien alcanzarla: ni se aprovechan de

(d) 1. Cor. 10.

los bienes temporales, ni gozarán de los eternos. Aquí tienen poco de posesion: para lo celestial no tienen título. Por cierto es desventurado y mucho de doler tal estado, si no hace el hombre desta cruel necesidad provechosa virtud, mudando la afición, y enderezando sus caminos al bien soberano. Porque de otra manera los intereses desta vida están así destruidos, que quien no busca el bien eterno, ambos los pierde. Y puesto que algo se pueden gozar en esta vida, y algo valiesen, como á sus seguidores parece, mas es de estimar la esperanza cierta de los grandes bienes, que la posesion de los pequeños: como te mostraré por este ejemplo: Si á un hombre prometiese un grande señor de dar á su escogimiento, ó en este dia cinco monedas ó mañana quinientas, ó en este dia un vaso de cobre ó mañana un joyel de oro; escogeria ciertamente este hombre lo mas precioso, aunque fuese con pequeña tardanza. Pues desta manera considerando tú la brevedad desta vida, no te contentes con lo vil, pudiendo esperar lo muy valeroso. Ca el mundo no tiene mas que dar de lo que vemos y recibimos, y por eso no se ha de esperar dél otra cosa de mayor precio; pues lo que poseemos ya no lo esperamos. A los bienes venideros se han de pasar todas las esperanzas del siglo; pues en lo temporal no hay mas que esperar, y (segun arriba mostré) vale mas la esperanza de las cosas celestiales, que la posesion de las terrenas. Y quien lo contrario siente, no tiene sano juicio de los bienes del mundo; porque los trae tanto sobre los ojos, que no los ve: como claramente experimentamos si alguna cosa pegamos con la niña del ojo, que no la podemos ver; la cual apartada á distancia conveniente vemos distintamente. Así acaesce en la estima de los bienes mundanos, que por traerlos tan dentro de nos, agravan nuestro entendimiento, y no los conocemos; y de los celestiales, que están apartados, juzgamos con mas clara vista. Y la esperanza que te he dicho de los bienes venideros no es vana; pues nuestro Señor Jesucristo, asaz abonado prometedo, nos la certificó: el cual prometió á los pobres renunciadores del mundo el reino de los cielos, y copiosísimos premios de la eternidad. Y para entera seguridad, en su persona vino á tratar con nosotros por el inefable sacramento de la humana naturaleza que juntó con la suya divina, restituyéndonos á la amistad del Padre, haciéndose medianero entre Dios y los hombres, como particionero de ambas naturalezas; y libró todo el mundo por el alto misterio, nunca enteramente conocido, de su pasión, de la grande deuda á que estaba obligado. Y, como el Apóstol dice (a), fué manifesta su encarnacion por el Espíritu Sancto, por cuya virtud fué concebido: descubrióse á los ángeles, predicóse á las gentes, creyóla el mundo, y así fué colocada en su gloria. Donde tanto le ensalzó su eterno Padre, y le dió nombre sobre todo nombre, que todas las criaturas, cuantas hay en el cielo y en la tierra, en la mar y en los abismos, confiesan que nuestro Señor Jesucristo es Rey y Dios ántes de todos los siglos.

### §. VI.

Y si quieres desto gozar, deja la doctrina de los filósofos, en que empleas tus estudios y lición, y ocupa tus buenas horas y espíritu en la doctrina de Cristo; en la cual tampoco te faltará campo para dilatar tu ingenio. Antes tengo por averiguado que en gustándola cono-

(a) 1. Tim. 3.

rás cuánto se deba anteponer la ciencia de piedad y amor divino á los preceptos de los filósofos. Porque en las sentencias de aquellos se halla la virtud solamente contrahada, y la sabiduría solamente debujada; y en esta nuestra disciplina se enseña la perfecta justicia y maciza verdad, tanto que con razon afirmaré que ellos usurparon el nombre de filósofos, y nosotros abrazamos la vida. Dime, yo te ruego, ¿cuáles preceptos pueden dar de vivir los que no conocen el autor de la vida? Los que á Dios ignoran, y tropiezan luego en el umbral de la justicia, ¿cómo llevarán á otros por la mano á la verdadera virtud? Porque necesariamente errando en el principio, siempre irán descaminados, y en vano correrán adelante. Y así parece ello ser. Porque los que entre ellos determinan las mas honestas reglas de costumbres, no pretenden sino vanidad y arrogancia, y por esta trabajan de manera que en abstenerse de vicios no carecen de vicio.

Estos son de quien se escribe que saben las cosas terrenas; porque de la tierra y de los gustos della tratan, y esta desean. Pues pretendiendo este fin, manifesto es que no poseerán la verdadera sabiduría, y la verdadera virtud. ¿Por ventura algun discípulo de Aristipo podrá enseñar la verdad, cuyo entendimiento no mira mas á lo alto que los ojos de los puerocos; constituyendo la felicidad del hombre en los deleites del cuerpo, y haciendo su dios á su vientre, y su gloria á sus miembros deshonestos? ¿Este tal juzgará alguna cosa justa y honesta, por cuya filosofia el gloton, el pródigo, el fornicario, y el amontonador de dinero son beatificados? Pero contra los tales otro lugar habrá de disputar.

Vengamos á las sentencias de los mas justificados, y que á tí mas contentan; porque deseo que dejes aun aquellas generales amonestaciones determinadas por sola humana ciencia, y conviertas tus estudios á las Escrituras de los nuestros, adornadas y fortalecidas del espíritu: en las cuales hallarás con que hartes tu pecho de las razones y doctrina con que ellos solamente te untan los labios, de las cuales algunas referiré. En las Escrituras de los nuestros, para hacerte dar fe á los prometiimientos divinos, hallarás lo que allá ves, aunque no por las mismas letras, mas la misma sentencia. Las palabras de Dios, quien no las cree no las entiende. En ellas serás amonestado, que si á Dios conoces por padre, le has de amar. Allí aprenderás cuáles sacrificios son agradables á Dios. Ca verdaderos sacrificios son justicia y misericordia. Allí te amonestarán: Si te amas, ama á tu prójimo, porque en ninguna cosa hallarás mas tu provecho, que en el bien que á tu prójimo hicieres; y entenderás que ninguna cosa hay tan justa, que justifique dañar injuriosamente á otro hombre. Allí contra la deshonestidad hallarás este aviso: Resiste á la lujuria, que despues que te venciere, y hubiere injuriado tu carne, escarnecerá de tí. Y para que no cobdicies demasiadas riquezas, hallarás: Mas bienaventurado es el que no desea lo que no tiene, que el que tiene lo que desea. Y para que refrenes la ira, te dirán cuán importuna señora es. Porque quien por cualquiera ocasion se enoja, siempre se enojará si siempre se le ofreciese ocasion. Y para que ames á tus enemigos, serás amonestado: Ama á quien te desama, si quieres hacer mas que los malos; porque aquellos aman á quien bien les quiere. Y para ayudar con tus bienes á los pobres, hallarás: Aquel guarda bien su tesoro que le partió con los pobres: ya no le podrá perder; porque dándole le aseguró. Y para mas perfecta justicia

hallarás: Del fiel matrimonio el fruto es la continencia. Allí entenderás la razon por qué los desastres del mundo son comunes á los buenos y á los malos, y conocerás que mayor miseria es enfermar el ánima con vicios, que la carne con dolencias. Y para amonestarte paciencia leerás: A los impacientes la semejanza de costumbres (que suele ser causa de amistad) es ocasion de discordia. Y para que no remedies á los viciosos, hallarás escrito: Al hombre prudente avisan los buenos y los malos: los unos lo que ha de abrazar, los otros lo que ha de huir. Y para que consideres y agradezcas la bondad del Señor, que usa con los hombres, hallarás que muchos bienes recibimos sin que los conozcamos. Donde parece que no nos ama mas en público que en escondido, y que debes dar no ménos gracias á Dios en la adversidad, que en la prosperidad, y conocer que lo adverso te viene justamente, y lo próspero no mereces. Allí conocerás cómo á todas las cosas se extiende la providencia divina, y que ninguna cosa hace el hombre por hado, mas por propia voluntad. Por lo cual aun las leyes humanas castigan á los delinquentes, y galardonan los virtuosos. Lo cual mucho mas justamente hará Dios; si no agora, á lo ménos en su último juicio. Y por no conocer esto los ignorantes, tienen por injusta la providencia divina que permite que los malos en esta vida sean prosperados, y los buenos afligidos. Aparte Dios de nosotros tal pensamiento. Y para que perseveremos en temor de Dios, te amonestarán: Lo que no quieres que vean los hombres, no lo hagas; y lo que no quieres que vea Dios, no lo pienses. Y contra toda injusticia hallarás quien afirma: Mayor miseria del hombre es engañar á otro, que ser engañado. Y contra la soberbia hallarás avisado: Tanto mas huye la vanagloria, cuanto mas aprovechaes en virtud; porque todos los vicios crescen con otros vicios: sola la soberbia se cria con buenas obras. Estas y otras sentencias filosofales hallarás mucho mejor enseñadas por los nuestros, allende de su singular y provechosa doctrina, con otros mas perfectos grados de virtud. Y si despues llegares á beber de la fuente de la Escritura divina, allí convendrá mas escudriñar y maravillarte de lo interior, que de lo que suena de fuera. Porque la Escritura sagrada de tal manera resplandescé á los ojos, que con sus clarísimos rayos, como preciosísimo carbúnculo reverbera la vista de los que miran. A esta maravillosa luz debes hacer familiar tu ingenio; y con este saludable manjar mata la hambre de tu ánima.

Lo cual por la misericordia del Señor espero ver cumplido, y que despreciados tus acostumbrados ejercicios, y amando los nuestros, tengas aborrescimiento á la vanidad, y cobdicies el tuétano de la virtud. Porque imprudentísimo es el que por bien de su ánima no se esfuerza á buenos ejercicios, aunque le sean trabajosos, habiendo hecho el Señor por ella mesma tantas obras:

que procurando el Señor tan cuidadosamente los provechos del hombre, esté él holgazan y perezoso en lo que tanto importa. Y ciertamente lo que mas nos cumple es, que restituyamos á nosotros mismos al servicio y honra de Dios, y pretendamos la verdadera bienaventuranza, despreciadas las que llaman buenas venturas del siglo; y que pisando las cosas terrenas nos levantemos con ardientes deseos á las celestiales. Ea pues, de aquí adelante todas tus obras y palabras endereza á tu Dios. Haz que en todas tus obras sea siempre tu compañera la inocencia, y ella será tu fiel guardadora. Y no temas las redes de la mala costumbre pasada: presto con la ayuda de Dios, y con buenos ejercicios te desenvolverás de tus lazos; entrégate á tal médico que te cure, que juntamente puede dar la complexion y disposicion para alcanzar la salud que has menester. Y (lo que es summa misericordia) darte ha despues el mesmo Señor el galardón de lo que por su virtud hubieres obrado.

Digo el galardón de la vida eterna, cuya excelencia no puede agora el ánima comprehender; ni el juicio humano puede estimar la grandeza de los bienes que nos están aparejados. Porque si la divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres el uso de la luz tan amable; si al bueno y al malo es lícito mirar al sol, y á todos indiferentemente sirven las criaturas, y de los justos y de los injustos es comun la posesion deste mundo; finalmente si tan excelentes dones da Dios á los virtuosos: consideremos quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿cuánto mayores pagará á quien los hubiere merecido? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿cuánto mas lo será en pagar las deudas? Si tan estimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? No se pueden decir los bienes que tiene Dios aparejados para los que le aman, ni comprehender la gloria que dará á los bien agradecidos; pues tales cosas dió aun á los ingratos.

Pues ya levanta los ojos, y del piélagos de los negocios en que estás engolfado, mira á la playa de nuestra profesion, y endereza á ella la proa. Solo este puerto hay á que te acojas de las peligrosas ondas del siglo, y donde descanses de las continuas tormentas del mundo. A este conviene que gobiernen los que son fatigados de las tempestades del bravo mar. Aquí no se oyen los espantables bramidos del agua, ni sus olas levantadas llegan á este seno; mas siempre se halla en él tiempo sereno, y quieta bonanza. Cuando á este puerto llegares, despues de los baldíos trabajos pasados, echa el áncora de la esperanza, coge la vela en la antena puesta en la figura de la Cruz del Señor, y respira seguro. Pero ya la justa medida de epístola demanda el fin desta carta. Recibe esta summa de celestiales preceptos, y manojos de mandamientos divinos, apretados en breve doctrina á gloria del mesmo Señor; y de lo que hubiere errado me perdona.